# La concepción de la simbolización en el psicoanálisis actual. Las derivas epistémicas que la determinan

Horacio Corniglio[1]

## Resumen

*Hoy día el psicoanálisis —más allá de sus diferentes tendencias— considera la capacidad de simbolizar como condición imprescindible para el desenvolvimiento adecuado de un proceso analítico. Fundamento de esta consideración es el valor que se asigna a la simbolización como condición del pensamiento y de la construcción misma de la realidad.*

*Ahora bien, siendo esto así, el psicoanálisis carece de una teoría unificada sobre la simbolización y el símbolo; es más, si nos retrotraemos a sus orígenes vemos que la posición de Freud, en muchos aspectos, es antagónica respecto a las consideraciones actuales.*

*A partir de esto se hace necesaria una revisión de las derivas epistémicas que, desde los comienzos del siglo, fueron modificando y complejizando la concepción originaria. En ese momento hubo un clivaje entre dos vertientes: una hermenéutica, ligada al pathos y a la asignación de sentido y otra vinculada a la combinatoria de elementos, nacida del modelo de las matemáticas. Ambas vertientes, la mayoría de las veces de modo poco consciente, se hacen presentes en la teoría y en la clínica. Rescatarlas y examinar sus implicancias podría ser la base para el logro de una teoría psicoanalítica del símbolo que, respetando la idea de lo inconsciente y la ambigüedad y la densidad semántica inherentes al símbolo —núcleo de su riqueza—, pudiera poner en congruencia estructura e historia como parámetros de nuestra labor terapéutica.*

> *Toda investigación en ciencias humanas [...] debería implicar una cautela arqueológica, esto es retroceder en el propio recorrido hasta el punto en que algo ha quedado oscuro y no tematizado. Sólo un pensamiento que no esconde su propio no-dicho sino que de manera incesante lo retoma y desarrolla, puede pretender eventualmente ser original.*
>
> Giorgio Agamben

1 horaciocorniglio@gmail.com / Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

Todas las corrientes del psicoanálisis actual consideran inestimable el valor de la capacidad de simbolizar; esta es condición para que un individuo pueda advenir sujeto, en el pleno sentido del término. Asimismo, es lo que permite acceder a un universo ampliado de sentido, donde los padecimientos puedan ser "representados" y "puestos en palabras", hecho que facilita procesos de pensamiento y de sublimación lejanos de la concreción y del acto, estos últimos obstáculos de la tarea analítica. Esta valoración nació de cambios teóricos, sobrevenidos a lo largo del tiempo, y de desafíos clínicos emergentes a partir de la ampliación del campo de aplicación del psicoanálisis con el develamiento de nuevos padecimientos. Se pusieron en evidencia las llamadas patologías del vacío y de pasaje al acto expresadas en normopatías, psicosomatosis, adicciones, todas afecciones donde prepondera un "déficit representacional". De este modo, se llega a trazar una línea de clivaje que separa el universo psicopatológico entre quienes sufren una merma de sus recursos simbólicos y quienes poseyéndolos brindan la posibilidad de un abordaje terapéutico más auspicioso. Esto puso de relieve la necesidad de crear bases o fundamentos, "tejido psíquico" suele decirse, como requisito elemental para llevar a cabo cualquier labor terapéutica, convirtiéndose la simbolización en un indicador, una brújula, que no solo señala el rumbo apropiado de la tarea, sino también su meta, el puerto de arribo que se ambiciona como logro.

Ahora bien, habiendo adquirido semejante importancia, sucede que al mismo tiempo nos enfrentamos con la paradoja de que el psicoanálisis no posee una teoría de la simbolización y el símbolo unificada y clara, sino que más bien se reconocen en él posiciones teóricas nacidas de influencias diversas que determinan perspectivas parciales que difieren unas de otras.

Muchas veces, para referirnos a esta temática en general o alguna de sus particularidades, ponemos el acento en determinados aspectos o apelamos a cierto reduccionismo que se expresa en fórmulas canónicas y simplificadas ya sancionadas por el uso. Por ejemplo, estimamos un síntoma como símbolo, en tanto expresión afectiva de un conflicto subyacente que se manifiesta en la conducta o en el cuerpo; otras, reducimos el símbolo a expresiones lingüísticas determinantes; lo estimamos producto exclusivo de la palabra, ligado al "acceso a la representación", entendido este como acceso al lenguaje verbal; también, le asignamos una condición valiosa con relación a la inclusión en un Orden Simbólico, garantía de la sujeción a la Ley. Estas expresiones y otras, pudiendo ser ciertas en determinado contexto, adquieren a veces una amplia generalización o se tornan categóricas como si fueran verdades reveladas. En uno y otro caso se omiten las flagrantes contradicciones que, sin embargo, muestran si las

ponemos en relación unas con otras y que, muchas veces, las vicisitudes de nuestra tarea nos ponen de manifiesto. Asimismo, desisten de reparar en la complejidad del camino que nos llevó hasta ellas, oriundas como son de largas tradiciones de pensamiento, de contextos diversos y de ciencias que se ocupan de objetos diferentes.

Señala A. Green (1995) muy acertadamente:

> El pensamiento contemporáneo sacó a la luz la clave de las ciencias humanas: lo simbólico, sobre el cual se plantean dos problemas. El primero concierne al contenido a darle a ese concepto, que difiere considerablemente de una disciplina a otra y de un autor a otro. Sin embargo una especie de paz consensuada permite evitar vanas controversias. De ahí el repliegue en una prudente política de espera, como si cada uno de los sentidos dados admitiera implícitamente que, pese a las oposiciones encontradas por todas partes, una suerte de espacio de intersección, más intuitivamente percibido que claramente concebido, permitiera la coexistencia de las diversas significaciones utilizadas. Y nadie se desespera por establecer relaciones que pudieran vincularlas. Pero las mayores divergencias vienen del segundo problema: la relación de lo simbólico con otros aspectos del pensamiento o la vida psíquica. El espectro se extiende de la matemática al inconsciente psicoanalítico. En el centro, el campo del lenguaje avanza sobre los otros dos (p. 173).

La paz consensuada es ciertamente manifiesta en el ámbito del psicoanálisis. Ello no debería eximirnos de abordar las dificultades y, fundamentalmente, de buscar los puntos de inflexión donde los caminos que llevaron a concepciones específicas y diferentes comenzaron a bifurcarse. La complejidad del tema debería obligarnos a seguir esos caminos en su intrincado recorrido y desde sus orígenes, no con el ánimo de erigir la supremacía de alguna postura respecto a otra, sino a fin de rescatar sus respectivas riquezas, que son muchas, así como comprender los nexos, las implicancias, los interrogantes y problemas que suscitan en un contexto ampliado. Adscribir sin más a lo novedoso, como quien adscribe a una moda y con ello pretender una superación, nos parece un despropósito equivalente a tirar el niño con el agua sucia de la bañera. Pensamos que frente a la heterogeneidad que se nos presenta, deberíamos intentar una visión ampliada que permitiera enriquecer nuestra perspectiva para crear las bases posibles de una teoría psicoanalítica del símbolo.

Si con el ánimo de ampliar la perspectiva nos retrotraemos en el tiempo y pensamos en la concepción que originariamente tuvo Freud respecto a lo

simbólico, la simbolización y el símbolo[2], caemos inevitablemente en la cuenta de que esta se halla muy lejos de las consideraciones actuales e incluso en muchos aspectos se les opone. Lo primero que cabe tener presente es que tomó estos términos en su significado lato, es decir, adscrito a su sentido denotativo. Sus propuestas se encuadran, al menos en lo más manifiesto, en una epistemología decimonónica, positivista, todavía no atravesada por el bagaje conceptual semiótico y lingüístico que sobrevendría después, aunque si profundizamos ciertos conceptos seguramente hallaremos en ellos anticipaciones de ulteriores desarrollos teóricos[3].

Desde su planteo más básico, para Freud el símbolo es un elemento que representa a otro del que alguna vez formó parte, y la simbolización es el uso de tales elementos como una forma peculiar de "representación indirecta". La peculiaridad radica en que el símbolo tiene por condición que el referente al cual alude esté reprimido, cosa que no sucede con otras representaciones indirectas, como la metáfora o la semejanza que no conllevan represión (Jones, 1916). En este sentido, para el creador del psicoanálisis el símbolo no es el producto excelso de una capacidad superlativa, sino un *anacronismo*; la supervivencia de un modo de expresión arcaico. Es que el simbolismo, para Freud, es ante todo, básicamente, un producto de los procesos primarios inconscientes, y la simbolización, una expresión emergente condicionada por esa plataforma de origen.

El original interés de Freud en el tema no vino de la mano de inquietudes gnoseológicas o lingüísticas, sino que surgió de la práctica médica en su pasaje por la Salpetrière. En esa institución el gran Charcot recurriría a la noción de símbolo para dar cuenta de los síntomas de la histeria traumática ligada a un hecho conmocionante de naturaleza física, por ejemplo un accidente. Freud, con su perspicacia clínica de gran observador y su genial intuición, retoma la idea pero la hace extensiva a sucesos en los que el hecho concreto efectivamente acontecido y olvidado ya no era necesariamente de naturaleza física, y sí, en cambio, cualquier situación afectiva intolerable para el sujeto. El disgusto soterrado de una discusión en una cena familiar, por ejemplo, podía expresarse luego como vómitos que, en cualidad de símbolo, expresaban el rechazo del sujeto a lo que debió "tragarse" involuntariamente. Esta concepción será el núcleo de la propuesta freudiana y marcará el clivaje respecto a la teoría francesa

[2] He puesto los términos "simbólico, simbolización, símbolo" porque, como iremos viendo, ya en un comienzo se nos presentan las dificultades con que la temática nos acechará a cada paso. En efecto, nosotros solemos usar esos términos indistintamente, pero cabe señalar que para Freud, simbólico refiere al simbolismo inconciente; simbolización, en cambio, es un término más impreciso que puede aplicarse a un espectro más amplio, como el uso secundario de símbolos.

[3] Sucede esto claramente, por ejemplo, con el preludio de sus propias ideas, que Lacan encuentra en muchos escritos freudianos y que serán retomados por este autor.

para la cual trauma y símbolo se circunscribían a la esfera corporal; ahora, en cambio, era un suceso de índole psíquica lo que podía expresarse simbólicamente en el cuerpo.

Esta ampliación del campo trascendía la simple observación pues, también, apelaba a una línea teórica que permitía una comprensión más plena y exhaustiva del modo en que se formaban estos símbolos que eran a la vez síntomas. Me refiero a la teoría de la expresión de las emociones de Darwin (1872), en especial a tres principios que Freud retoma: "la impronta o repetición memorativa", "el desplazamiento o derivación" y "la antítesis o posibilidad de derivación en lo contrario". Esto le permite ir al meollo de la desfiguración inherente a esos símbolos, pues obedecían a una deformación dinámica que escondía un sentido y que estaba al servicio de la represión de mociones sexuales, y que, en cada caso, exigía una interpretación que dilucidara su sentido oculto.

El núcleo de estas ideas, asociado a la sexualidad y su represión, Freud (1950a [1892-1899], pp. 283-4) ya lo despliega en la correspondencia con Fliess. Allí apunta al contenido sexual de muchas figuraciones. Eufórico, por ejemplo, comunica a su amigo el haber descubierto el misterioso simbolismo de la escoba de las brujas; aquello sobre lo que vuelan, dice, es "el Gran Señor Pene"; también el porqué de "el oro que el diablo da a sus víctimas se muda en mierda". Conjetura que tales símbolos son "restos de un antiquísimo culto sexual" que quizás fue religión en el Oriente semítico. Su afán de investigador lo lleva a pedir a su amigo bibliografía sobre la profusa simbología religiosa de la Edad Media, ratificando la idea, común en esa época y que no abandonaría, de que los símbolos tenían estrecho vínculo de origen con el pensamiento religioso.

Al considerar sucesos de naturaleza anímica como desencadenantes, se abre para Freud el camino que lo conduciría a la comprensión de la "conversión histérica"; ahora algo anímico podía comprenderse como expresión plástica en el cuerpo. Este misterioso "salto", que inauguraba un inmenso campo de investigación, será formulado por primera vez en *Las neuropsicosis de defensa* (Freud, 1894a), donde afirma que dicha conversión sobreviene en una inervación motriz o sensorial íntimamente ligada a una vivencia anímica traumática. Dice: "El yo ha conseguido así quedar exento de contradicción, pero, a cambio, ha echado sobre sí el **lastre** de un símbolo mnémico que habita la conciencia al modo de un parásito..." (p. 51). Destaco la palabra "lastre" porque se ve en ella, claramente, que para Freud el símbolo no era producto del logro de una capacidad madura, sino el residuo de una huella mnémica alusiva a un contenido sexual reprimido que mantenía el afecto originario alterando la vida del enfermo.

Esta consideración del símbolo como "símbolo mnémico" de un suceso reprimido de naturaleza sexual será la idea central en el pensamiento del autor

acerca de esta temática, durante toda una época que se extiende desde los llamados *escritos pre-psicoanalíticos* hasta *La interpretación de los sueños.*

Al sobrevenir el abandono de la teoría del trauma y su suplantación por la consideración de las fantasías sexuales infantiles, como sustrato de deseos susceptibles de represión, las ideas respecto al símbolo y la simbolización siguieron siendo, en esencia, las mismas. Si hubiera que puntualizar una diferencia, solo cabría decir que, poco a poco, iría cobrando primacía el valor de una simbología que adquiría representación mítica referida esencialmente al conflicto edípico que comenzaba a destacarse con nitidez como núcleo de las neurosis.

El nuevo contexto de ideas introducía variables que alteraban la vertiente originaria nacida del modelo del símbolo mnémico de la histeria. Los sucesos de seducción, relatados por los enfermos, habían sido tomados como episodios reales de sus vidas; luego, el descubrimiento de que no reproducían lo acaecido realmente, sino que remitían a la actualización de fantasías que obedecían a un patrón general, induciría modificaciones teóricas y metodológicas. Estas creaciones fantásticas, generalizadas, y que no remitían a experiencias individuales, parecían en cambio revivir experiencias ancestrales de la especie. El modelo epistemológico al que Freud apela para explicarlas ratificaba el esquema general y llevaba a suponer que correspondían a la prehistoria y que, adquiridas filogenéticamente, eran transmitidas a través de la herencia. Las hipótesis evolutivas, siempre presentes, cobraban esta vez la plenitud de su pregnancia teórica. En un primer momento dichas hipótesis habían sido aplicadas a las formas de expresión de los síntomas histéricos, y ahora se hacían extensivas a los contenidos implicados.

*La interpretación de los sueños* (Freud, 1900a), primera gran sistematización de lo que sería desde entonces el *corpus* teórico psicoanalítico, reflejará con extrema nitidez la coexistencia de las dos concepciones, la correspondiente a los símbolos mnémicos de las propias vivencias y la que remitía a un vivenciar arcaico e inauguraba el amplio espacio de las "fantasías universales". Todo ello se reflejará en el abordaje que emprenderá Freud de lo que a esta altura llamará "*la simbólica onírica*".

En efecto, en esta monumental obra la temática del símbolo acentuará su valía por la presencia de una profusa simbología como parte esencial del trabajo onírico. Saldrá a la luz la existencia de los dos tipos de símbolos mencionados: unos propios de cada soñante y que admitían para su interpretación sus asociaciones, igual que los síntomas de la histeria; otros, los universales, que contrariamente se repetían de manera idéntica en los sueños de distintos sujetos y que aparecían también en los mitos, las sagas, los usos del lenguaje y los chistes.

Estos no promovían la asociación pero admitían una traducción idéntica en distintos contextos, ya que, heredados, eran iguales en todos los hombres, más allá de diferencias idiomáticas o culturales.

La coexistencia de estos dos tipos de símbolos inaugura un período de arduo trabajo intelectual, ya que pone de manifiesto problemas metodológicos y teóricos. Respecto a los primeros Freud (1900a) dirá:

> Así, los elementos presentes en el contenidos del sueño que han de aprehenderse como símbolos nos obligan a una técnica combinada que, por una parte, se apoya en las asociaciones del soñante y, por la otra, llena lo que falta con la comprensión de los símbolos por el intérprete (p. 359).

En el aspecto teórico se planteaba el problema del origen de los símbolos que parecía estar íntimamente ligado al origen del lenguaje. La presencia de los dos tipos de símbolos conllevaba cierta contrariedad, pues en tanto unos, los símbolos mnémicos, se constituían como "productos" de una plasmación individual, los otros, los universales, se constituían en "fuente" de modos de expresión colectivos. Ambos, sin embargo, compartían premisas básicas: pertenecían a lo inconsciente y estaban condicionados por la represión, remitiendo, en última instancia, a contenidos del vivenciar sexual. Este punto alcanzará tal primacía que condicionará el alcance de la simbolización restringida al contenido sexual de los símbolos.

Más allá de las dificultades en los lineamientos teóricos básicos, las ideas de fondo, como señalamos, seguían siendo las mismas; los símbolos para Freud no son el punto máximo del desarrollo de una capacidad, sino, contrariamente, productos residuales que contribuyen a la desfiguración de contenidos. Como dice en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-7 [1915-7]):

> ... aunque no existiera censura onírica alguna, el sueño no nos resultaría comprensible, pues entonces nos aguardaría la tarea de traducir el lenguaje simbólico del sueño al de nuestro pensamiento de vigilia. Por consiguiente, el simbolismo es, junto a la censura onírica, un segundo factor de la desfiguración del sueño, y un factor autónomo (p. 154).

Asimismo, si bien para Freud símbolos y lenguaje tienen un origen común, ello no significa que podamos reducirlos a él. El modelo de los símbolos no será el lenguaje verbal, sino imágenes, gestos y movimientos que, en tanto formas expresivas, conforman los fundamentos del rito y del propio lenguaje.

Además, los símbolos pertenecen a lo inconsciente, mientras que la palabra será patrimonio de los procesos secundarios preconscientes.

Desde nuestra actualidad, entonces, vemos que una deriva epistemológica no siempre explícita o consciente fue agregando nuevos estratos con nuevas significaciones al terreno originario, al punto que este fue quedando más o menos oculto bajo el espesor de lo depositado. Podemos asignar esta deriva a un paulatino proceso de cambios epistémicos que arribarán a un momento crucial en el primer cuarto del siglo XX, momento en que diferentes desarrollos teóricos, especialmente en los campos de la matemática y la física, convergieron en un nuevo paradigma científico que desbordó hacia todos los ámbitos del pensamiento.

En efecto, los albores del siglo XX constituyeron una época de profundas transformaciones que modificarían para siempre nuestro modo de vivir y, por sobre todo, de pensar. Ideas de distintos ámbitos convergieron y generaron un cambio cismático, cuya irradiación modificaría el espíritu de la época de manera análoga a como un movimiento telúrico de proporciones modifica el paisaje geológico. Emergía lo que comúnmente llamamos un nuevo paradigma, que es un cambio en el imaginario de un tiempo histórico. El epicentro de este cisma estuvo estrechamente ligado a desarrollos sobrevenidos en la matemática y en la física, que alcanzaban una fuerza y profundidad que se expresaría en teorías tan revolucionarias como la relatividad y la cuántica, inductoras de una nueva visión del mundo. En el nuevo contexto lo que hasta allí había sido la solidez y consistencia de nuestro mundo comenzaba a desvanecerse, a ponerse en duda, a tomar el aspecto de una mera apariencia, hecho que ponía en crisis, por sobre todo, al propio conocimiento.

Se hacía evidente, tanto en lo macro como en lo micro del mundo físico, que la remisión a referentes concretos era engañosa y que lo que nos brinda el conocimiento son funciones y relaciones que se revelan y cobran validez expresadas en capacidades operatorias simbólicas. Al papel relevante que siempre tuvo la notación simbólica en matemática, ciencia que tenía en esto una larga tradición, se agregaba la conciencia clara de que el conocimiento no solo era mediatizado por los símbolos, sino que estos contribuían a la génesis de nuestra "realidad". Un físico genial, Sir Arthur Eddington (1937), en un libro de divulgación escrito de manera coloquial y, por qué no, poética, expresará esto claramente al decir en referencia al mundo subatómico de átomos y vacío:

> En el mundo de la física asistimos al drama de la vida familiar como a una representación de sombras chinescas. La sombra de mi codo descansa

> sobre la sombra de la mesa, así como la sombra de la tinta se extiende sobre la sombra del papel. **Todo es simbólico y como símbolo nos lo dejan los físicos** (p. 18-19)[4].

Esta nueva visión, entonces, no solo ratificaba el valor de los símbolos en matemática, sino que fundamentalmente inducía una nueva concepción de estos, centrada en su valor relacional y formal y en la conciencia de su cualidad de *argamasa del pensamiento* y, por ende, de su capacidad determinante en el conocimiento.

Hoy día, imbuidos en estas ideas, se nos hace difícil dimensionar el alcance y la significatividad del cambio acontecido, como así también discernir la pervivencia y diferencia de concepciones antiguas que conviven con las nuevas. En el terreno de los símbolos, la coexistencia de distintos modos de concebirlos es claramente ostensible, y la nueva visión que privilegia el aspecto relacional, combinatorio, y que adquirió hegemonía, convive y se entrelaza con modos que apuntan a desentrañar un sentido oculto y que provienen de una antiquísima tradición.

En el mundo antiguo los símbolos tenían una vitalidad riquísima y profusa ligada íntimamente a lo mágico-mítico, expresaban la necesidad de develamiento de lo oculto que en principio los caracterizó. Fenómenos básicos como el nacimiento y la muerte, procesos vitales y funciones del cuerpo, en correlación con la naturaleza y el cosmos, fueron su materia prima. Los símbolos establecían las correspondencias entre el suelo laborable y la fertilidad, entre las entrañas de la tierra y el vientre materno, entre las aguas y el nacimiento, entre la simiente masculina y la semilla, entre el sol, el fuego y la vida, entre la noche y la muerte. Fueron intentos de fundar fragmentos de armonía en lo que vivencialmente se experimentaba; facetas inteligibles de fenómenos afectivos desconcertantes; en síntesis, inductores de mitos y ritos instituyentes. En tanto elementos integradores y fundantes, su valor radicó no tanto en un interés intelectual o en la fidelidad a una estricta racionalidad, sino fundamentalmente en su valor expresivo y en su capacidad de valerse de analogías para hallar patrones de organización. Fundados en el imperativo de sentido, fueron reveladores y, a la vez, en su ambigüedad, testimonios del misterio, de todo aquello inefable de la vida, la naturaleza y el cosmos, encarnado el más allá de un mundo trascendente poblado de impredecibles dioses y demonios.

A partir del Renacimiento esta tradición antigua comenzó a bifurcarse en dos caminos: uno que en versión secularizada sobreviviría en un modo que

[4] La negrita me pertenece.

cabría llamar hermenéutico, ligado todavía al conocimiento que correspondía al *pathéma*, a lo que se revelaba en el padecer, en la sensorialidad. El otro camino, al que cabría llamar lógico o combinatorio, abstrayéndose de la sensorialidad se centró en la relación de los signos y sus propiedades combinatorias; este nació con Descartes y la ciencia moderna inaugurada mediante el *mathéma*, el tipo de conocimiento que se expresa mediante abstracciones formalizables (Agamben, 2007; 2008). Esta corriente es la que a principios del XX alcanzaría su pleno vigor. La hegemonía que adquirió modificó la consideración de los símbolos que ahora, volcada al *mathéma*, tuvo protagonismo revolucionario en los grandes avances de la ciencia. La extraordinaria influencia de sus logros fue impregnando todos los ámbitos del conocimiento, expresándose, por ejemplo, en campos como la lingüística, desde donde alcanzaría las demás ciencias sociales; esta vertiente dio lugar a la "revolución semiótica", centrada en el modelo de las relaciones entre elementos para comprender el símbolo. En uno de sus extremos, el de las corrientes más logicistas, el acento recayó puramente en lo combinatorio, de modo que, prescindiendo en principio de la referencia a objetos empíricos y a cualquier sentido determinante, pasaron a considerar la significación como un epifenómeno, producto aleatorio de elementos "ciegos" o sin significado, adscribiendo en el fondo al modelo axiomático de las matemáticas.

La consolidación de esa vertiente y los embates de su nueva concepción afectaron la originaria teoría del simbolismo desarrollada por Freud, que adhería todavía al modo pathemático del conocimiento, buscando el sentido del símbolo en el ligamen con "la cosa". Ahora, "la cosa" dejaba de tener el valor que había tenido, y el énfasis se desplazaba a las relaciones y al problema del conocimiento que eclipsaban al símbolo. Asimismo, los avances en biología pusieron en crisis el modelo evolutivo decimonónico y echaron por tierra la hipótesis de los caracteres adquiridos. La concepción freudiana de los símbolos quedaba entonces vulnerada desde distintos frentes.

Ernst Cassirer, filósofo neo-kantiano contemporáneo de Freud, será abanderado de la perspectiva de los cambios acaecidos, centrándose en el terreno gnoseológico y en el estudio de los símbolos. En su monumental obra *Filosofía de las formas simbólicas* (1923-29), logrará expresar una síntesis de las ideas centrales de la necesidad que emergía desde el nuevo paradigma, donde lo simbólico ocupará un lugar central como elemento fundante del conocimiento y, por ende, de los modos de pensar.

Las diferencias entre ambos autores nos permiten visualizar la profundidad del cambio acontecido. Para Freud los símbolos atesoraban un conocimiento inconsciente que debía dilucidarse mediante su interpretación,

desenmascarando su sentido y revelando una razón oculta. El filósofo, prescindiendo del concepto de lo inconsciente, considerará que los símbolos mismos son los que "con-forman el conocimiento" y el modo en que construimos nuestra realidad y, obviamente, nuestra verdad y razón, de modo que para él todo conocimiento será "conocimiento simbólico". De allí que en su *Antropología filosófica* Cassirer (1944) diga:

> La razón es un término inadecuado para abarcar las formas de la vida cultural humana en toda su riqueza y diversidad, pero todas estas formas son formas simbólicas. Por lo tanto, en vez de definir al hombre como un animal racional lo definiremos como **un *animal simbólico*** (p. 49)[5].

Esta definición y fundamentalmente la concomitante ampliación del concepto de símbolo adquirió de allí en más carta de ciudadanía en el mundo intelectual.

La complejidad que la física no newtoniana revelaba en el lenguaje simbólico matemático fue el eje que permitió al filósofo dar un genial giro de pensamiento apelando a una premisa de la filosofía crítica kantiana: *el primado de la función sobre el objeto.* A partir de esto se suma a la puesta en cuestión de lo que hasta allí era la unidad metafísica tradicional, es decir, *la unidad de sustancia,* reemplazándola por *la unidad de función.* Para él, la imagen que el conocimiento nos brinda no nos ofrece ninguna semejanza con una cosa o naturaleza última, sino que nos brinda la "expresión lógica de una relación". Su valor no reside en reflejar un ser dado, sino en el algoritmo que posibilita, es decir, el código de procedimiento que "construye" el conocimiento.

El filósofo ya no utiliza el símbolo para referir una relación biunívoca entre un representante y un "referente", sino en el sentido de una *forma* singular que supone una creación a partir de una operatividad relacional (función) que transforma impresiones en unidades de sentido que irán integrándose a partir de diferentes *formas simbólicas.* Esto es esencial para comprender la modificación conceptual que ha tenido lugar, ya que muchos de los desarrollos que nacen en esta época en distintos ámbitos del pensamiento estimarán el factor operativo como lo determinante[6]. No obstante, cabe aclarar que Cassirer todavía no liberará los símbolos de una relación primaria con objetos empíricos y con

[5] La negrita me pertenece.

[6] Pensemos, por ejemplo, en los sistemas binarios informáticos o en la lógica formal. En el ámbito psicoanalítico, cuando se habla, por ejemplo, de un Orden Simbólico (en tanto código) se está más cerca de esta esfera conceptual que de la definición clásica. El problema es que suelen usarse ambas conceptualizaciones como si se tratara de lo mismo.

sensaciones, sino que, partiendo de la experiencia sensible intentará dar cuenta de una secuencia significativa que ya está presente en la percepción. Inversamente, habrá corrientes logicistas que, partiendo del modelo relacional y de funciones, extremarán el privilegio que asignan a los aspectos combinatorios, prescindiendo de objetos empíricos y sensaciones, es decir, reduciendo todo a la combinatoria lógica de elementos "ciegos" o sin significado.

A partir del nuevo núcleo de ideas, habrá "derivas" que, al modo de una fuga musical, irán plasmando el heterogéneo concierto de lo simbólico. En psicoanálisis Melanie Klein fue la pionera que recogió el guante de la nueva epistemología. En el momento en que Cassirer publicaba en Berlín y Londres *Filosofía de las formas simbólicas*, ella desarrollaba su obra. Su concepción del símbolo promoverá un cambio que no se detendría; si bien no cita expresamente a Cassirer, según Maffi (2005) conocía su obra, y de ello es testimonio su pensamiento, dada su concepción del símbolo y la terminología que utiliza. Su esquema básico es, esencialmente, una *teoría de las relaciones objetales*. Alejándose de la concepción freudiana clásica, pasará a considerar los símbolos como *fundamento* de toda sublimación; una *función del Yo* tendiente a *integrar* en sucesión creciente las ansiedades emergentes; el yo mismo se constituye a partir de procesos de simbolización junto con la realidad externa. Determinantes del proceso integrativo serán, ciertamente, las *relaciones de objeto* que evolucionarán al unísono del desarrollo yoico y de la capacidad progrediente de generar símbolos. Las sucesivas *ecuaciones simbólicas*[7] construirán así, a través de objetos parciales y del dominio progresivo de las ansiedades tempranas, el conocimiento y el dominio emocional del Yo y los objetos, como también la configuración de la realidad en sentido amplio, para concluir en la *integración* plena de la posición depresiva y sus objetos totales.

Tal es el valor en Klein de la nueva episteme, que mandó a un discípulo preferido, el argentino Emilio Rodrigué, a estudiar el simbolismo con Susanne Langer, filósofa norteamericana, discípula de Cassirer. De regreso en Argentina, Rodrigué escribió diversos artículos y una síntesis de sus ideas en el libro *El contexto del proceso analítico* (E. Rodrigué y G. T. de Rodrigué, 1966). Allí, en un capítulo que titula "Sobre las formas de expresión", destaca que los símbolos son, fundamentalmente, *lenguaje*, ya sea de palabras o de gestos, y que Freud, mentor de esta idea, permitió descubrir *la semántica del inconsciente*, es decir, la búsqueda y comprensión de los significados que nos determinan. Los símbolos,

[7] El término "ecuación simbólica", utilizado aquí en sentido amplio, adquiriría luego un sentido más restrictivo, refiriéndose a la ecuación entre el referente y el símbolo en el pensar concreto de los esquizofrénicos, donde ambos quedan confundidos.

dice: "Lejos de ser viejas reliquias, serían ítems plásticos en sumo grado, capaces de transportar significados múltiples" (Rodrigué, E. y T. de Rodrigué, G., 1966, p. 85). La posición de Freud estaría atravesada por la idea de que por ese entonces se consideraba que el "significado" era una "propiedad" de ciertos términos. Se pensaba que los símbolos tenían un "significado intrínseco" (Rodrigué, E. y T. de Rodrigué, G., 1966, p. 88)

Es decir, establecía una relación directa entre "la cosa" y el símbolo. Retomando la idea "semiótica" de Cassirer (vía Langer), dirá que en la actualidad al significado "... se lo entiende como una **función** del término, relacionado por lo menos con otro término y con el sujeto que hace uso de él. Esta **relación trinaria** hace posible que un término 'signifique' a otro" (Rodrigué, E. y T. de Rodrigué, G., 1966, pág. 88) [8].

La otra gran deriva del nuevo paradigma vendrá del psicoanálisis francés a través de Lacan, previo haber abrevado en la lingüística de F. de Saussure, la fonología de R. Jacobson y la antropología estructural de C. Lévy-Strauss. Estos autores pondrán el acento en el aspecto relacional, combinatorio, sea de signos, de fonemas o de mitemas.

Lacan partirá de la primacía del significante lingüístico. El lenguaje lo remite al *logos*, palabra oída que no proviene de mí; en ese sentido, "somos hablados". El *logos*, para él heracliteano, constituirá "la razón desde Freud", una "razón" no en el sentido de "*ratio*", de cálculo, sino alusiva al *légein* que es hablar, decir, narrar. De ahí que establezca la homofonía con el verbo francés *liguer* que significa 'legar'; de modo que el *logos* es legado, transmisión simbólica que requiere de lo escrito, es decir, de la "letra" como su soporte material, concepto al que Lacan asigna un valor metafórico como equivalente a la inscripción, de lo que sería en el modelo clásico freudiano la "huella" (Lacan, 1957; López, 2009).

Ese legado en el que estamos inscriptos y que nos constituye es un orden clasificatorio de diferencias; en otros términos, un *orden simbólico,* que será fuente productora de un registro determinante de todos los sentidos. En este punto, Lacan, que nunca prescinde del valor del significante, introduce la idea de una "cadena significante" que, valga la redundancia, se "encadena" en función de la pertenencia a un sistema que la determina, que es, justamente, el gran Otro, el orden simbólico. Vemos expresarse así, categóricamente, la influencia de la corriente semiótica inaugurada con el siglo y leída a través del pensamiento estructuralista francés.

[8] La negrita me pertenece. Cabe agregar que el autor argentino anticipa aquí lo que años después será la concepción central de A. Green sobre lo simbólico.

Tras este abreviadísimo recorrido, cabe ahora volver a nuestro presente y esbozar un camino posible hacia una teoría psicoanalítica de lo simbólico que pueda poner congruencia en esos espacios de intersección "más intuitivamente percibidos que claramente concebidos", mencionados por A. Green (1995, p.173). Lo primero que nos demanda es el rescate de la idea fundante freudiana del origen inconsciente de los símbolos; el hecho de que estos sean, primariamente, producto de la necesidad interior de plasmar en modalidades expresivas el cúmulo de variadas mociones de sentimientos. Para quienes nos preciamos de ser psicoanalistas, parecería ser una obviedad que no sería necesario recalcar. Sin embargo, lo es. Las resistencias acechan y encuentran en la idea del origen inconsciente del símbolo uno de sus puntos de anclaje. Es que el originario terreno freudiano fue quedando oculto tras los desarrollos emergentes movidos por el interés, de cuño más cognitivista, de erradicar el conflicto e indagar de modo autónomo las relaciones entre símbolo y pensamiento. Estas investigaciones impusieron la idea de la significación como "algo que se crea" a partir de convenciones que ponen de manifiesto relaciones causales, cuando primariamente, al menos para Freud, la significación es producto de una necesidad expresiva inconsciente, "algo que se da" y que plasma un "sentido" que le es inherente y que, arrastrado por la corriente desiderativa, lleva consigo el sesgo del accionar de las pulsiones.

Teniendo esto presente, cabe validar el progresivo desarrollo de diferentes formas simbólicas que, más secundarizadas a medida que progresan con abstracción, tejen la gama de un espectro nacido en el fenómeno originario de la expresión que se manifestará en las formas del lenguaje, de la religión, del arte o de las matemáticas.

Esta manera de plantear la cuestión no debería forzar una reducción de la densidad semántica de lo simbólico; debería, valiéndose de ella, rescatar el valor pático del símbolo sin desistir de considerar el valor de lo estructural[9]. En otros términos, tener en cuenta, en sentido general, estructura e historia, razón y sin razón. El aspecto estructural lo hallamos en la organización de las instancias y en la dilucidación de la posición transferencial que permite ubicar el lugar de cada sujeto en las constelaciones del complejo de Edipo. Este aspecto, como la Tabla de Bion (1977), posibilita una mayor abstracción y generalización y es apto para uso fuera del contexto propio de la sesión y como mapa de ruta de la tarea. En la sesión cobra primacía la vertiente hermenéutica que, otorgando sentido, permite la apertura de una dramática histórica. Estas distintas formas simbólicas son el resultado de procesos abstractivos de nivel diferente;

[9] Hay que aclarar que lo estructural no coincide necesariamente con "lo estructuralista".

la diferencia radica en que, en el caso lógico, combinatorio y estructural, se abstrae en función de fragmentaciones, de productos artificiales desligados originariamente de lo concreto, aplicables luego a la singularidad de cada caso. En la perspectiva hermenéutica, la abstracción permanece en un punto anterior, recogiendo en sus productos retazos de aquello sensible en lo que ha nacido y donde los matices y las ambigüedades inherentes a las analogías posibilitan el deslizamiento a través de la adición de significados, facilitando una construcción narrativa que induce la ampliación del sentido y que puede ser apta, incluso, para representar lo preverbal. Si nos pusiéramos como exégetas del lenguaje y la palabra, lo que decimos seguiría siendo válido, ya que si bien la palabra necesita de una unificación de sentido en el concepto, también, en la medida que siempre se nutre de remisiones, conlleva una diseminación semántica, y es justamente esta doble posibilidad la que le otorga toda su eficacia y su riqueza. En otros términos, el valor de la palabra no se agota en la denotación, sino que trasciende hacia un más allá de reverberancias connotativas, incluso no verbales, que posibilitan por un instante que se ilumine la penumbra de significados que constituyen la trama de un amplio tejido que jamás podremos avizorar en toda su riqueza. Casi habría que decir que las palabras, toda palabra, lo mismo que cualquier otra forma simbólica, nace de una inmanencia inaprensible que la hace siempre decir más de lo que dice.

En síntesis, la ambigüedad intrínseca de los símbolos tiene un valor; sería aquello que les brinda la verdadera capacidad para crear sentido, sea en el lenguaje, en el mito, en el rito o en el arte; un acto en "claroscuro" que a la vez revela y oculta.

**Descriptores:** SIMBOLIZACIÓN / PENSAMIENTO / PROCESO PSICOANALÍTICO / INCONSCIENTE

## Abstract

### The concept of symbolization in current psychoanalysis. The epistemic drifts determining it.

Nowadays, beyond the different psychoanalytic trends, it is considered that the ability to symbolize is an indispensable requirement for the appropriate development of the analytic process. This is based on the importance of symbolization as a condition of thought and in the construction of reality itself.

That being said, psychoanalysis lacks a unified theory on symbolization and symbols. Furthermore, if one goes back to its origins, it can be seen that in many aspects, Freud's position opposes current views.

Therefore, it is necessary to review the epistemic drifts that, from the beginnings of the century, modified and made more complex the original conception. From that moment on, there was a split between two schools of thought: a hermeneutic school related to pathos and to the assignment of meaning, and another school related to combinatorial analysis, derived from mathematics. Though most of times unconsciously, both schools are present in theory and in clinical practice. Retrieving them and analyzing their effects could become the basis for achieving a psychoanalytic theory of the symbol, which discerning the notion of the unconscious as well as the semantic ambiguity and density inherent to the symbol —the core of its richness—, could coherently define structure and history as parameters of our therapeutic work.

**Keywords:** SYMBOLIZATION / THINKING / PSYCHOANALYTIC PROCESS / UNCONSCIOUS

## Resumo

### A concepção da simbolização na psicanálise atual. As derivas epistêmicas que a determinam

Hoje em dia a psicanálise —além das suas diferentes tendências— considera a capacidade de simbolizar condição imprescindível para o desenvolvimento adequado de um processo analítico. O fundamento desta consideração é o valor atribuído à simbolização como condição do pensamento e da própria construção da realidade.

Então, sendo assim, a psicanálise carece de uma teoria unificada sobre a simbolização e o símbolo; ou seja, se retrocedermos as suas origens veremos que a posição de Freud, em muitos aspectos, é antagônica a respeito das considerações atuais.

A partir disto é necessário fazer uma revisão das derivas epistêmicas que, desde o começo do século, foram modificando e complexando a concepção originária. Nesse momento houve uma clivagem entre duas vertentes: uma hermenêutica, ligada ao *pathos* e à denominação de sentido e outra vinculada à combinatória de elementos, nascida do modelo das matemáticas. Ambas vertentes, na maioria das vezes de modo pouco consciente, fazem-se presentes na teoria e na clínica. Resgatá-las e examinar as suas implicâncias poderia ser a base para o sucesso de uma teoria psicanalítica do símbolo que, respeitando a ideia do inconsciente e a ambiguidade e a densidade semântica inerentes ao símbolo —núcleo de sua riqueza—, poderia pôr em congruência a estrutura e história como parâmetros de nossa tarefa terapêutica.

**Palavras chaves:** SIMBOLIZAÇÃO / PENSAMENTO / PROCESSO PSICANALÍTICO / INCONSCIENTE

## Bibliografía

Agamben, G. (2007). *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia.* Adriana Hidalgo Editora. Buenos Aires, 2009.

—— (2008). *Signatura rerum.* Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.

Bion, W. (1977). *La Tabla y la Cesura.* Barcelona, Editorial Gedisa, 1982.

Cassirer, E. (1923-1929). *Filosofía de las formas simbólicas.* México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1971.

—— (1944). *Antropología filosófica.* México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1997.

Eddington, S. A. (1937). *La naturaleza del mundo físico.* Buenos Aires, Editorial Sur, 1938.

Darwin, Ch. (1872). *La expresión de las emociones en hombres y animales.* Buenos Aires, Sociedad de ediciones mundiales, 1967.

Freud, S. (1894a). *Las neuropsicosis de defensa.* Vol. III, pp. 47- 62. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

—— (1900a). *La interpretación de los sueños.* Vol. V, pp. 345-671. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

—— (1916-17 [1915-17]). *Conferencias de introducción al psicoanálisis.* Vol. XV, pp. 1-72. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

—— (1950a [1892-1899]). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess.* Vol. I, pp. 211-322. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Green, A. (1995). *La causalidad psíquica.* Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005.

Jones, E. (1916). *La teoría del simbolismo.* Buenos Aires, Editorial Horme, 1975.

Klein, M. (1923). Análisis infantil. En *Obras Completas.* Tomo I. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1990.

—— (1930). *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del Yo.* En Obras Completas, Tomo I, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1990.

Lacan, J. (1953). Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. En *Lectura estructuralista de Freud.* México, Siglo XXI Editores, 1971.

—— (1957). La instancia de la letra en el inconciente o la razón desde Freud. En *Lectura estructuralista de Freud.* México, Siglo XXI Editores, 1971.

Langer, S. (1954). *Nueva clave de la filosofía.* Buenos Aires, Editorial Sur, 1958.

López, H. (2009). *La "instancia" de Lacan.* Colección bitácora. Universidad Nacional de Mar del Plata, Eudem, 2009.

Maffi, C. (2005). *Freud y lo simbólico.* Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, SAIC, 2005.

Rodrigué, E. y de Rodrigué, G. T. (1966) La naturaleza y función de los símbolos. En *El contexto del proceso analítico.* Buenos Aires, Editorial Paidós, 1966.